

LA MATERIA NO EXISTE

---

---

# MITOS Y LEYENDAS

---

---

ALBERTO CHIMAL

SIN TÍTULO (EN MONOTONO) / FOTOGRAFÍA ANALÓGA

En la vieja casa de mi madre, allá en el siglo XX, se entraba por la sala. De la sala se abría un pasillo, siempre con algún mueble atravesado y por lo tanto insuficiente para pasar, y luego estaban los tres dormitorios, llenos de triques y de nosotros.

El primer librero que conocí estuvo en ese pasillo. No sé qué tan grande era en realidad pero a mí me parecía inmenso. Había en él un poco de todo, y todo en desorden, pero desde muy pronto me llamaron la atención los libros grandes: tres o cuatro colecciones uniformes, de diferentes colores, que estaban demasiado altas para poder alcanzarlas con una estatura de cuatro o cinco años, y varios otros libros que estaban más abajo: más cerca de mis manos. Uno de ellos está conmigo hasta hoy: una colección de cuentos titulada *Mitos y leyendas*. Entonces no me fijé en ninguno de estos detalles pero es de 1965, impresa en México, de una edición argentina (de la editorial Codex) de una traducción uruguaya (de la editorial Picadilly) de un original italiano, publicado en 1962 por Fratelli Fabri. En cambio, me interesó el subtítulo: “Selección educativa de los relatos más bellos y conmovedores”, y una breve introducción antes del primer cuento, que intentaba ser seria y respetable en letras grandes y de color morado: “*Mitos y leyendas* atesora, para deleite del niño, y enriquecimiento de su lenguaje, antiguas fábulas y versiones modernas de cuentos y mitos universales que ampliarán (*sic*), sin duda, la fantasía creadora del pequeño lector. *Mitos y leyendas* es un feliz hallazgo dentro de la literatura infantil, que a lo imaginativo-recreativo, suma lo ameno-didáctico. Al conjunto de su diversa literatura, se agregan, al final, leyendas americanas cuidadosamente escogidas, que por este medio quedarán defini-

tivamente incorporadas al acervo universal”.

Isaac Asimov —¿alguien recuerda a Isaac Asimov en el siglo XXI?; un libro suyo estaba también en ese librero, en ese tiempo— contaba que en su infancia no lo hubieran dejado leer las revistas de ciencia ficción que lo fascinaban de no haber convencido a sus padres con un sentido discurso sobre la utilidad de leer ficción científica: sobre su valor y su naturaleza fundamentalmente educativa y utilitaria. Yo hubiera podido invocar la introducción de *Mitos y leyendas* para defenderme de modo parecido, pero la verdad es que a nadie en casa le interesaba lo que leía o dejaba de leer mientras no fastidiara demasiado. De hecho, el problema más grande en esos años, era cómo *levantar* el libro, porque era demasiado pesado para un niño, y en más de una ocasión lo arrastré por el piso, ni modo, después de sacarlo de su estante.

Leí todos los cuentos, de principio a fin, del primero al último, cien veces. Los leí saltados, en desorden, de atrás para adelante. En el libro hay, sin crédito de autor, versiones de historias populares rusas, y luego japonesas, y luego una versión en cuatro partes de *El anillo de los Nibelungos* en la que Krimilda se llama Gutruna y hay otras diferencias respecto de las variantes más conocidas. Y al final vienen tres cuentos, estos sí con firma, de Giambattista Basile, escritor italiano del tiempo de Shakespeare y Cervantes, coleccionista de narraciones populares y autor del *Pentamerón*, que contiene la primera aparición en una lengua romance de la palabra *ogro* y las

## YO ENTRÉ A LA LITERATURA ESCRITA EN ESPAÑOL POR LA PUERTA DE LA IMAGINACIÓN, QUE EN REALIDAD ERA UNA DE ATRÁS, LA MÁS PEQUEÑA Y MENOSPRECIADA.

primeras versiones de cuentos clásicos como “Rapunzel” y “Cenicienta”, además de “Perejilita”, que es una historia maravillosa.

Y no es que las secciones iniciales se queden cortas: la rusa tiene, entre otras, la historia de la bella Basilia, quien es arrebatada por el jinete de la noche, de manto negro y talante de sombra, y acaba a medio mundo de distancia pero consigue la ayuda de la bruja del bosque, madre del jinete y del hermano de éste: el jinete del día, de manto rojo y carácter de fuego. Y entonces ve cómo se persiguen los hermanos, trayendo el paso de las horas, y esto es sólo el principio.

Y en la sección japonesa está, por ejemplo, el cuento del pescador Urashima, al que el libro llama Uraquimataro, y que por salvar a una tortuga recibe la invitación del rey del mar a encontrarlo en su palacio bajo las aguas, y entonces descubre que el tiempo pasa a diferente velocidad sobre la tierra que en el fondo del mar.

Y todas las historias, además, estaban (están) hermosamente ilustradas, quién sabe por quiénes. Las rusas son de un estilo más realista y delicado que ahora me recuerda un poco a Hal Foster o a Barry Windsor-Smith; las japonesas tienen figuras más alargadas y estilizadas que se parecen, de hecho, a ilustradores japoneses como Hokusai, aquel de la

ola y el monte Fuji; la parte de los Nibelungos tiene imágenes con un estilo sci-fi a la Boris

Vallejo, con castillos de roca flotando en el espacio y cuerpos brillantes de sudor, y los cuentos de Basile (qué cosa) tenían pinturas que imitaban a sabiendas el estilo de Paolo Ucello, pintor extraordinario de la Edad media. Entonces no había Wikipedia ni nada semejante pero con el tiempo llegué a enterarme de cada referencia, así que el libro fue incluso educativo, como se proponía. Pero lo que me movió desde el principio: lo que siempre me impulsó, lo que me impulsa todavía, fue el placer: la maravilla de descubrir en las páginas y más allá de ellas, en mi propio interior.

¡Qué desdicha la de Gutruna al enterarse de que Sigfrido la ama sólo porque está hechizado y no recuerda a su verdadero amor! ¡Qué emoción imaginar la llegada del jinete del día! ¡Qué desolación ver que Urashima, que era un hombre joven, se convierte en un anciano al salir del mar hacia la superficie, donde ha pasado un siglo y han muerto todos los que lo conocieron! Cómo se perfecciona esa desolación, y va pareciéndose a la melancolía y a otras cosas que aún no puedo decir, a medida que pasan los años y sé más de la vida y pienso de otro modo en la muerte.

Lo que intento decir, en realidad, es simplemente que esos cuentos fascinaron al niño que fui y le inspiraron una pasión por la fantasía, por la imaginación, por el aspecto más entrañable y más vivo de cada historia, que sigue existiendo hasta hoy. Entonces no pensaba en semejantes términos, desde luego, pero eso era lo

que sucedía, y lo que siguió pasando, de manera incesante, durante toda esa infancia lectora: la imaginación creadora se ampliaba de veras.

Hubo una sola dificultad: en aquel *Mitos y leyendas* se hablaba de cuentos y leyendas americanas y en realidad no había ninguna: el libro estaba incompleto. Pero debe haberme dejado una idea equivocada de la literatura. En el librero había también libros mexicanos, y entre ellos dos: un clásico, el *Confabulario* de Juan José Arreola en la edición de Promexa, y justo al lado una antología: *Miedo en castellano*, publicada en plan casi artesanal por Emiliano González, el último gran loco de la literatura mexicana. Como los dos libros estaban lado a lado, los leí seguidos, y como los dos traían selecciones bastante amplias de cuentos fantásticos, yo creí por un tiempo que lo que se escribía en Latinoamérica era todo así. El cuento del suéter asesino de Julio Cortázar, la historia de los muchos dobles de Manuel Peyrou, la historia del doble único de María Elena Llana. O lo que yo pensaba que era un cuento de José Emilio Pacheco: una historia de nazis asesinos titulada “Totenbuch” que resultó ser un fragmento de su novela *Morirás lejos*. Yo entré a la literatura escrita en español por la puerta de la imaginación, que en realidad era una de atrás, la más pequeña y menospreciada. Pero esta era otra de las muchísimas cosas que tampoco sabía entonces. ☹